

A Jorge, un abrazo

LEISER MADANES

(CENTRO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS - ARGENTINA)

Conocí a Jorge hace 40 años, en la Facultad, cuando cursaba Gnoseología y Metafísica y Jorge estaba a cargo de las comisiones de Trabajos Prácticos. Le servían de apuntes para sus clases sobre la *Crítica de la razón pura* prolijas anotaciones manuscritas en cuadernos espiralados, que alguna vez espié, en las que Jorge había copiado párrafos del texto de Kant seguidos, en tinta de otro color, si mal no recuerdo, de las interpretaciones de los comentaristas más significativos. Recuerdo estas primeras y más lejanas imágenes de esos cuadernos porque ahí estaban volcadas las lecturas que él había hecho de la *Crítica*; Jorge fue ante todo un gran lector y me enseñó a leer filosofía, a leer los grandes textos como los leía él: de manera prolija, ordenada, desentrañando sin prisa ni pausa el sentido del texto entre manos.

Esta lectura atenta no estaba dedicada únicamente a los autores clásicos. Si algo vamos a extrañar quienes todavía seguíamos trabajando con Jorge es la lectura que hacía de nuestros escritos. La meticulosa, razonada, a veces piadosa, a veces impiadosa, pero siempre justa lectura que hacía cuando le presentábamos un texto en busca de su aprobación. Porque, en definitiva, buscábamos su aprobación, ya que sabíamos que, si Jorge aprobaba un artículo, era porque lo merecía, y si no le conformaba, bastaba con leerlo nuevamente para caer en la cuenta que su veredicto había sido justo.

Casi al mismo tiempo que sus clases de Gnoseología y Metafísica, comenzó a dirigir un grupo de lectura de textos de filosofía política. Nos reuníamos en el edificio de la calle 25 de Mayo para leer y comentar obras de Hobbes, Locke, Alexis de Tocqueville, Marx, autores que pocos años más tarde serían incorporados a la flamante cátedra de Filosofía Política que inauguró en nuestra Facultad. En esa cátedra convocó a graduados que tenían los intereses más diversos, alentando a que cada uno elija para desarrollar en su clase el autor clásico de su preferencia. Si la primera lección que recibí de Jorge fue la manera de leer filosofía, la segunda fue que es posible y deseable la cohabitación de diferentes corrientes de pensamiento e intereses teóricos en una misma cátedra. El resultado era una pluralidad ordenada y coherente que se mantuvo

a lo largo de los años. La ausencia de Jorge nos presenta un gran desafío que tenemos por delante, que es mantener esta manera de estar unidos, cada uno desde su lugar.

Años más tarde Jorge creó *Deus mortalis*, porque *Deus mortalis* fue una creación enteramente suya, a su imagen y semejanza. En sus cuidadosísimos volúmenes tuvieron cabida todas las corrientes de la filosofía política y todos sus períodos históricos. Más aún, hubo una apertura del pensamiento político hacia la literatura, el cine, la religión. Del – podríamos decir– *back stage* de la producción de *Deus Mortalis* quiero rescatar otra cualidad del trabajo intelectual con Jorge: la alegría en las reuniones para preparar cada volumen, o en las que celebrábamos su aparición. Una felicidad y entusiasmo poco frecuentes. Ahora la pregunta es: ¿Tiene sentido un *Deus Mortalis* sin Jorge? Es demasiado pronto para darnos una respuesta.

Hace cuarenta años que tengo una deuda con Jorge, una deuda que siempre supe que nunca podría saldar. Nuestros temperamentos eran muy diferentes, y siento, siempre sentí, que no podía retribuirle la fuerza de su abrazo, su sonrisa expansiva al encontrarnos, su entrega en una amistad que siempre excedió, ciertamente no lo que yo sentía, pero sí lo que yo podía expresar. Seguramente Jorge habrá comprendido, y aceptado, mis limitaciones.

Hobbes cita en el *Leviathan* el Salmo 14. Este Salmo habla del hombre necio, el insensato, el hombre tonto, el *fool*. Este insensato observa el mundo que lo rodea y concluye: no hay justicia, no hay Dios. Hobbes pretende haberlo refutado. Si continuamos la lectura de este Salmo, leemos unas líneas más adelante:

El Señor observa desde el cielo a los seres humanos,
para ver si hay alguien que sea sensato
alguien que busque a Dios.

Para el salmista, el hombre sensato, el sabio opuesto a la figura del necio, no es el hombre que afirma la existencia de Dios y de su justicia, sino el que busca a Dios y no pretende haberlo encontrado. El sabio es quien sigue requiriendo a lo largo de su vida un Dios o cualquiera de los sinónimos de dios: fundamento, sentido, orden, honestidad. Jorge no claudicó en su afán por estos sinónimos de Dios, y nos obliga a nosotros a continuar con su búsqueda.

Despido a Jorge con el abrazo fuerte que quizás nunca llegué a darle, y con agradecimiento por tantos años de inquebrantable generosidad.



JORGE DOTTI,
in memoriam

